

LOS LENGUAJES DE LAS CIUDADES

Livio Sacchi

Crítico de arquitectura.

Los lenguajes de las identidades urbanas posmodernas y transterritoriales expresan una forma de utilizar la diversidad, la hibridación y lo informal capitalizando el conflicto entre culturas dominantes y minorías subordinadas.

Constituye un ejemplo de la actual «centralidad de los marginalismos» el área metropolitana de Los Ángeles. Casi un millón de extranjeros inmigrantes en los últimos diez años; más de cien etnias diferentes (las más extensas comunidades coreana, mexicana, filipina, vietnamita, fuera de Corea, de México, de Filipinas y de Vietnam; la segunda más extensa china y japonesa fuera de China y de Japón; elevadísimas concentraciones de salvadoreños, indios, iraníes y rusos); en su interior ciento treinta y dos ciudades distintas desde el punto de vista administrativo; ochenta y seis lenguas que se hablan normalmente y presentes en la escuela pública; un número difícilmente imaginable de confesiones religiosas oficialmente representadas –desde el islam al cristianismo (trescientas denominaciones protestantes entre las cuales episcopalianos, presbiterianos, reformados, luteranos y cientistas; quince ortodo-

xas de Oriente; una católica romana)–, al menos cuarenta estilos de vida reconocibles en un número aún mayor de enclaves micro-urbanos; la noción de *gueto* que ya se extiende desde las áreas más pobres (Barrio, Watts, South Gate, Little India, Little Saigon) hasta las más ricas (Beverly Hills, Bel Air, Palos Verdes, Mission Viejo, Rolling Hills).

En el plazo de cincuenta años más de la mitad de sus habitantes serán no blancos, como ya ocurrió a lo largo de aquellos quince mil primeros años, desde la llegada del *homo sapiens* hasta hace un par de siglos. La propia noción habitual de ciudadano «americano» está en tela de juicio: ¿sigue siendo anglo-atlántico o más bien latino-hispánico o pacífico asiático?

El tema de la gestión de la diversidad se encuentra hoy obsesivamente en el centro del debate socio-político en los Estados Unidos. Pronto lo estará también en Europa. Los Án-

geles no se encuentra tan lejos de Nueva York, Chicago, Houston y San Francisco, pero tampoco de Hong Kong y Tokyo o de Amsterdam, Londres, París, Berlín y Roma: antes que las restantes ciudades globales, como todas las otras ciudades globales, se ve obligada a aceptar el desafío de la nueva dimensión multicultural. Como todas las sociedades contemporáneas, está dividida entre dos tendencias opuestas: una hacia la unidad nacional (a menudo supranacional) y la otra hacia la diversidad subcultural. Es el diálogo entre unidad y multiplicidad, entre centro y periferia, entre universalismo y diversidad, entre grupo e individuos, entre el todo y las partes, entre Occidente y los demás. Es lo que Arthur Koestler define *holon* (todo lo que existe en la naturaleza, como conjunto de partes más pequeñas y al mismo tiempo parte de conjuntos más grandes); lo que Niels Bohr, en Física, denomina principio de complementariedad; lo que Linda Hutcheon, en la crítica literaria, define como noción de la doble codificación (cada cual escribe desde dentro y al mismo tiempo en contra de un grupo dominante). Aquel *double coding* que reconoce las principales líneas de fractura de una época y las presenta nuevamente a la sociedad diciendo: «vuestró valores y vuestró gustos son divergentes, aun así son dignos de ser representados. Cualquier cosa que ocurra después (exista o no una forma cualquiera de convergencia), lo que importa es que el diálogo se reconozca y se ponga en marcha». Es también lo que Charles Jencks llama heteroarquitectura (Disneyland, pero también Jon Jerde y City Walk, Charles Moore y sus experiencias «participacionistas» en Pacific Palisades, y luego Frank Gehry,

Mayne, Rotondi, Israel, Moss, Hodgetts, Sae, Murphy).

Heteroarquitectura *on the edge*, en posición liminar entre fundamentalistas y deconstructivistas: «una forma de utilizar la diversidad, la hibridación y lo informal, como respuestas creativas a la que hoy se configura como un verdadero *impasse*: el conflicto entre culturas dominantes y minorías subordinadas». La nueva Walt Disney Concert Hall está todavía en construcción. ¿Será realmente un «galeón con velas desplegadas», un *collage* de imágenes que «reflejan el carácter visualmente fragmentario de la escena urbana de Los Ángeles», la recuperación formal de un tejado chino, la culta relectura de Scharoun, un gesto antro/zoomorfo, o será solamente «basura deconstructivista», un conjunto de «cajas de cartón habitadas por vagabundos», «un amasijo de desechos en una alcantarilla», un «montón de cartones empapados» o de «añicos»? ¿Será lo que queda después de un tornado o de un terremoto?, «cera que se derrite al sol» o una «acumulación de trozos de loza salidos de un cuadro de David Salle», como también se ha podido leer en la prensa local?

Dado el contexto social y cultural en el que se encuentra el edificio, ¿hubiera sido más oportuno elegir algo diferente? ¿Gratificar el gusto de las elites intelectuales neomodernistas —quizá cediendo a las modas recientes de la transparencia, de la alta tecnología o del nuevo rigorismo suizo/alemán— o el de las opulentas minorías judías o Wasp de Los Ángeles —quizá proponiendo un modelo clásico, alineado con la tradición constructiva de los templos europeos de la música—? Éstos son

los problemas que las razones de los demás plantean. Por el paso de unos paradigmas lingüísticos jerárquicos –escasos y al fin y al cabo convergentes– fundados en el modelo sintáctico a otros –numerosos y divergentes– fundados en el modelo paratáctico. De unos sistemas narrativos, generalmente poco respetuosos de todo lo que es fruto de lo múltiple, hibridación de origen mixto, a unos sistemas distintos y polimorfos, de los que conocemos muy poco. Ya está en marcha lo que Néstor García Canclini define como «des-territorialización»: la pérdida del vínculo entre identificación individual y/o comunitaria y uno o más de los lugares específicos propios de su fenomenología. Nos espera una tarea difícil: «la regla colonial puede que formalmente esté desmantelada, sin embargo, el proceso de descolonización de la mente está lejos de acabarse». La identidad cultural aparece cada vez más a menudo como el rechazo de una coproducción. Pero «las coaliciones no son naturalmente espacios de no-conflictividad; las alianzas son frecuentemente incómodas, el diálogo puede ser doloroso y la polifonía convertirse en cacofonía». Sin embargo, la polifonía cultural puede ser un objetivo –el objetivo– para todos los que estén interesados en una reestructuración sustancial, en formas más igualitarias, del poder y de sus relaciones de fuerza internas (en términos de nación, raza, clase, género y sexo). «A menudo no se trata sólo de comunicarse más allá de las fronteras, sino más bien de distinguir, en primer lugar, las fuerzas que han generado tales fronteras. El multiculturalismo no debe simplemente reconocer las diferencias, también tiene que aceptar el desafío de aquellas que, entre

todas, resultan más amargas e inconciliables.» En el ámbito estético, su reconocimiento «no sólo requiere el ejercicio del “descubrimiento” de artistas desconocidos, olvidados o ignorados, sino que prevé también la tarea de reconsiderar las condiciones mismas mediante las cuales conocemos, recordamos y valoramos el arte». La aproximación a formas estéticas diferentes puede provocar verdaderos fenómenos dislocativos, según el mayor o menor nivel de «pertenencia» cultural de quienes disfrutan de ellas. «Las identidades modernas son territoriales y casi siempre monolingüísticas... Las identidades postmodernas, por otra parte, son trans-territoriales y plurilingüísticas». Estábamos acostumbrados a hablar del Futurismo italiano, del Constructivismo ruso, del *Nouveau Roman* francés. La obra contemporánea es, en cambio, fundamentalmente trans-cultural, al igual que los viajes de Wenders, hasta el fin del mundo. ¿Es quizá casual que a la entrada del pabellón suizo de la última Expo de Sevilla estuviera expuesto un cartel –obra de Vautier– en el que se podía leer «Suiza no existe»? ¿Cuál es el papel que juega la hibridación lingüística? Ésta aparece como «una ambigua metáfora. Es una imagen que nos permite pensar en nuevas identidades, o que hace añicos la noción misma de identidad? ¿Hasta qué punto nos ayuda a preguntarnos sobre los presupuestos invisibles de nuestra propia cultura, obsesionada por la construcción y por la representación de lo construido?». ¿Podemos simplemente «elegir» entre las diferencias culturales, como lo hacemos con un mando a distancia entre las imágenes televisivas o entre los *posters* de las campañas globales United

Colors of Benetton? ¿Es posible todavía expresar un juicio estético que sea también «políticamente correcto»? ¿Serán capaces los arquitectos (y los artistas en general, pero para los arquitectos es más difícil) de aceptar el desafío de la diversidad? La cultura clásica, sobre la cual está construida la civilización de Occidente, y lo moderno que constituye su fruto reciente, se basan en los valores de la exclusividad. La comprensión de la cultura con-

temporánea pasa, en cambio, por un esfuerzo radical de inclusión, de liberación, de adaptación y de actualización de todo modelo preconstituido de pensamiento y de juicio. «La diversidad es —en primer lugar, en arquitectura también— el lenguaje de la democracia.»

Importa poco si esto «puede disgustar a los que se entretienen en añorar los lenguajes unificados».

